

# “MISIÓN COMPARTIDA: VOCACIÓN BAPTISMAL AL SERVICIO DEL REINO DE DIOS, EN UNA DINÁMICA DE PARTICIPACIÓN Y COMUNIÓN”

Sr. Fanny Alicia Dobronic Rodrigues (FMA/Chile)

## BREVE INTRODUCCIÓN – CONTEXTO

Antes de iniciar, quiero contarles que mientras escribía este tema recordé unas hermosas palabras del Papa Benedicto XVI: “Lo más sencillo es lo verdadero, y lo verdadero es sencillo. Nuestra problemática consiste en que de tantos árboles, no vemos más el bosque, que, de tanto saber, no encontramos más la sabiduría. No perder de vista lo esencial. ¿Qué es lo que importa? ¿Qué es lo auténtico, lo que sustenta?”

Me parece mucho que en este tema que vamos a reflexionar las palabras de Benedicto XVI nos ayudan a centrarnos en lo primordial de la relación laicos y religiosos: **la vida y misión de las comunidades educativas.**

Siempre es bueno hablar desde la experiencia y a través de ella exponer mi mirada respecto de este tema que desde hace unos años se ha instalado para quedarse.

¿Por qué las FMA de la Inspectoría Chilena San Gabriel Arcángel iniciamos el camino de la misión compartida?

En Chile, a partir de la década de los 90, tomó un nuevo rumbo la gestión de los colegios. No era ya suficiente conocer de pedagogía, sino que se requería de experticia en el ámbito de la gestión escolar.

Por otra parte, había decrecido el recambio generacional en la vida religiosa.

En este contexto surge la idea de compartir la misión.

Iniciar este cambio, en un modelo de gestión, ya centenario, en el caso de la inspectoría, no fue un proceso fácil.

Sin duda, se trata de un cambio de paradigma, es un nuevo modo de organizar e interpretar la realidad. Y que provoca un nuevo orden.

Abandonando la tentación de afirmar la vigencia de los antiguos modelos, se nos pide asumir con lucidez, modestia y audacia, estos desafíos. Sobre todo considerando la necesidad imperiosa del cambio.

El año 2004 después de una reunión de directoras y ecónomas se decidió iniciar este proceso.

Con bastante resistencia, al menos logramos consensuar tres aspectos:

1. Iniciaríamos la experiencia con dos colegios de 19.
2. La elección sería a través de concurso público y
3. Sería necesario definir un perfil para el cargo con sus respectivas funciones.

Creo que lo más complejo fue paradójicamente decidir el nombre del cargo para este nuevo modelo de gestión. Se definió designarlo como Director/a pedagógico, figura que tendría como principal misión animar, gestionar y coordinar la escuela fundamentalmente desde lo pedagógico, pero siguiendo las directrices del Proyecto Educativo de los colegios de la Congregación. No obstante, hasta el día de hoy complica un poco porque coincide con la estructura de la Vida Religiosa de la FMA, donde la superiora de la comunidad religiosa es la Hermana Directora.

Este tema de misión compartida está en la mira de varias congregaciones religiosas. Varios de los argumentos que esgrimo en esta presentación están basados en el libro “Vida y misión compartidas. Laicos y religiosos hoy” del sacerdote marianista, Padre José María Arnaiz y en la Revista Testimonio N°278 de Noviembre y Diciembre 2016 que lleva por título “Laicos y Religiosos: vida y misión compartida”.

## **COMÚN VOCACIÓN DE BAUTIZADOS PARA LLEGAR A UNA MISIÓN COMPARTIDA.**

Sería bueno preguntarse, ¿qué tenemos en común laicos y religiosos?

Todo parte de un solo bautismo, una sola fe y un solo Señor (Ef.4, 5); y eso es posible porque, en el decir del mismo Apóstol, todos somos uno en Cristo (Gál 3,28).

El bautismo es condición esencial y antecede a la consagración religiosa.

A nadie le puede faltar la originalidad. No hace bien convertir en igual lo que es diferente. Hay que dejar al laico que viva su vocación sin imponerle nuestras estructuras y horarios o lo que es más grave aún, situarlos para que definan sus prioridades en orden a la misión común. Esto hace mucho daño tanto a religiosos como a laicos.

Hoy en día se comprende distinto “el carisma” de las congregaciones religiosas; es un don del Espíritu a la Iglesia para el mundo. Los carismas, dice el Padre José María Arnaiz en su libro “Vida y Misión compartidas. Laicos y religiosos hoy” ayudan a la Iglesia a servir en su misión.

Para algunos la disminución notable en número de las fuerzas de los institutos religiosos es consecuencia de haber considerado el carisma como algo exclusivo de la vida consagrada.

El carisma es un don en la Iglesia, don del Espíritu, un regalo para ser entregado y donado. Los carismas, por tanto, son propiedad de todos.

El papa Francisco en su carta con motivo del año de la Vida Consagrada invita también a los laicos “precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático...”.

Las razones para compartir el propio carisma es que la Iglesia es una comunidad caracterizada por la comunión y la participación.

### **DINÁMICA DE PARTICIPACIÓN Y COMUNIÓN: ESTO SIGNIFICA DEJAR DE SER “JEFES” PARA COMPARTIR LA RESPONSABILIDAD EN EL SERVICIO EDUCATIVO.**

Es aquí donde adquiere protagonismo un concepto esencialmente salesiano que es la corresponsabilidad que privilegia que las personas se impliquen en la animación.

Para realizar la misión educativa asumimos la coordinación para la comunión como estilo de animación. (LOME, 10)

Para dar pasos es importante en el proceso de la misión compartida considerar la eclesiología de comunión. En el fondo la Iglesia regresa al estilo de su vida primitiva, cuando los laicos desempeñaban un papel esencial y decisivo en la misión.

El carisma es comunión y lleva a la comunión. De la comunión partimos.

Hay un permanente desafío: hacer comunión a partir de la diversidad con creatividad y consistencia entre cristianos laicos y religiosos.

Hay quienes no han recibido bien esta presencia, pero la mayoría de laicos y religiosos ven esto como una oportunidad. Lo pueden hacer ya que, cuando tienen verdadera vocación, son capaces de hablar de ello abriéndose a la novedad que encierra este hacer comunión. Se dan cuenta que necesitan de los laicos como los laicos los necesitan a ellos. Esta nueva sensibilidad y relación puede estar al origen de un nuevo proyecto misionero conjunto.

Vivir esta nueva relación es exigente. Todavía sigue siendo hoy un gran desafío llegar a una relación laicos-religiosos que sea madura y esté marcada por una real interacción, un espíritu de comunión y la necesidad de complementación.

En la Revista Testimonio ya citada, la autora Juana Zárate Celedón, Presidenta de la Conferencia de Superiores Mayores de Religiosos de México, en su artículo “Bajo la encina de Mambré” cita a San Juan Bosco como ejemplo de fundadores que ya en S.XIX comenzaron una experiencia original de vida evangélica carismática porque fundaron familias espirituales y apostólicas conformadas por institutos y grupos laicales.

Todos, dice la autora, venimos de raíces comunes: nacemos a la fe y entramos en la iglesia como “laicos”, miembros de un mismo pueblo.

Debo decir que asumir la misión compartida es un camino lento y queda aún pasos para dar.

Como relata Juana Zárate en el artículo de la Encina de Mambré” comentando el relato Génesis 18,2.

“Qué importante alzar los ojos para mirar lo que está sucediendo. Abraham, al alzar la mirada descubrió la presencia de tres hombres. El intercambio es muy elocuente, Abraham y Sara ofrecen su

casa, y los visitantes le ofrecen la vida. Esta manifestación trinitaria de Dios reordena las circunstancias históricas, el lugar de las personas en el plan de Dios y el cumplimiento de la promesa hecha, cuando es acogida”.

Todos tenemos que alzar los ojos, es decir no mirarnos a nosotros mismos y ensimismarnos en nuestras experiencias tratando de hallar respuestas en solitario. Tanto laicos como religiosos/as hemos de alzar la mirada y ver al otro como el huésped posible de nuestra casa que nos da vida.

El papa Francisco nos ha invitado a abrir las puertas y eso implica para la Vida Religiosa y para los laicos, lo que el Padre José María Arnaiz señala en tres verbos: acoger, animar y acompañar.

La acogida comienza con la apertura de corazón y de mente, superando todo juicio negativo sobre el otro/a.

Un criterio básico importante para superar este desafío es seguir los pasos de Cristo que nos invita a proseguir en el camino de la humildad. (Mc. 10, 43-44), “Porque el mismo Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida”.

Otro elemento fundamental es la formación en la línea de “generar la posibilidad de compartir experiencias con propósito, que construyen un estilo de vida y fomentan una visión, una identidad congregacional, una red de relaciones”.

Nadie forma a nadie, sino que todos y cada uno nos formamos en comunión y siendo uno mediación para los otros, tratando de actualizar las potencialidades de los demás.

Una formación de este tipo se realiza en la interacción. Formar es transformar, iluminar la conciencia, dar a la palabra su verdadera fuerza.

En la formación hay que considerar aspectos para adquirir competencias para la colaboración y la participación. La recomendación es apuntar a iniciar y profundizar la visión común y a fomentar la comunión en la misión. La formación de los religiosos debe ser junto con los laicos para acoger la experiencia de todos. El Capítulo General XXIII de las FMA en el N° 27: “pide a la comunidad testimonio de vida evangélica formándose conjuntamente, FMA y seculares, para la misión compartida;...”

Nada acerca tanto a las personas como la experiencia de construir juntos/as.

Al definir el perfil, consideramos que el primer requisito del nuevo Director Pedagógico, era tener el sacramento del Bautismo que adhiriera a las enseñanzas de la Iglesia. Además, debería ser profesor o profesora, con grado de magister en Gestión, porque se trataba de animar, gestionar y acompañar una escuela católica.

La experiencia nos mostró que haber vivido el carisma salesiano, como ex alumno-a, como apoderado/a o como profesor/a era también una condición irrenunciable.

## **CAMINO RECORRIDO EN LAS ESCUELAS DE LA RED MARÍA AUXILIADORA**

Misión compartida – dice el Padre Arnaiz – es mucho más que una cierta funcionalidad estratégica nacida de la oportunidad. Ver que más que un problema, es una oportunidad y un desafío.

Tener el convencimiento que es el mismo Señor, quien nos convoca a la misión compartida.

Los primeros laicos que asumieron tareas directivas en la década de los 90, lo hicieron en el ámbito de la disciplina y de lo técnico pedagógico.

Luego asumieron otro nivel de responsabilidades, en el rol de Directores Pedagógicos y más tarde se incorporaron los administradores laicos.

Pasar de una gestión jerárquica y piramidal a la animación circular y luego a la coordinación para la comunión, en que al inicio solamente fue integrando a los laicos en servicios que solamente realizaban las hermanas al interior de la comunidades educativas, tuvo que considerar necesariamente otro estilo de gestión: la elección de un estilo determinado de coordinación tiene raíces antiguas en el Instituto porque representa el alma del carisma educativo que se manifiesta en el dinamismo de la comunicación. (Pág.152, En los Surcos de la Alianza).

Un modelo circular y en red en el que todos interaccionan como personas, por encima de la función y de las tareas específicas. En la relación en red están garantizadas la reciprocidad y la superación de los prejuicios respecto de las personas. Todos participan en el dinamismo comunicativo. (Pág.154, En los surcos de la Alianza).

## **CONCLUSIONES**

La formación en conjunto es un desafío que tenemos que continuar buscando dar respuesta: Promocionar sin capacitar no es una alternativa cuando se trata de gestionar.

En la lógica de los pequeños pasos: esto no se da de inmediato, es necesario compartir la vida, el trabajo y la oración.

Otro desafío es la necesidad permanente de acompañamiento como instancia de discernimiento para buscar juntos en la relación recíproca las mejores estrategias en el servicio educativo.

Desde la mirada laical, se pasa de trabajar para los religiosos, a trabajar con los religiosos en una misión común.

Se privilegia el modelo de animación circular y en red, en la relación con los seculares que comparten la misión educativa.

Empoderar a los laicos ha sido un camino, sin duda, no exento de dificultades, a veces, complejo, pero siempre un aprendizaje que nos ha llevado muchas veces a cambiar estrategias y a involucrarnos cada vez con ellos en una reflexión acerca de la praxis educativa del Instituto.

Tengo la convicción de que es el sendero a través del cual, Dios nos ha conducido según sus planes en la búsqueda de hacer de nuestra misión educativa un espacio para que los jóvenes y las jóvenes tengan vida en abundancia.